

DESPUÉS DE MUSSOLINI Y EL REY. 2. DEL FRENTE POPULAR ITALIANO A LAS TRAMPAS DE LA DEMOCRAZIA CRISTIANA (1948-1953)

Francesc Vilanova

«A un estúpido güelfismo con ínfulas eclécticas y democráticas — tan vivamente exaltado en estas últimas elecciones — se opondrá un exaltado nacionalismo de tipo anticlerical, si Dios no lo remedia. Y entonces no incurrirán sólo en pecado mortal la Democracia Cristiana y De Gasperi, sino en una culpa inmensa, contra la Iglesia y la Patria, que no podrá borrar jamás la Historia».

(Julián Cortés-Cavanillas, *Carta de Italia. Una dura elección electoral*, en “Destino”, n. 828, 20 junio 1953)

1. *¿Cuándo murió el Frente Popular italiano? Una mención de 1966 para no olvidar abril de 1948*

A principios de agosto de 1966, el barcelonés “La Vanguardia Española” avisaba de un hecho histórico que se acababa de producir en Italia, pero despertaba ecos del pasado en España:

A los treinta años de haber nacido la gran añagaza comunista de los “frentes populares” — causa ocasional determinante de la II guerra mundial —, éstos han sufrido una derrota definitiva al perder la esperanza de ponerse en pie en la Península italiana. El intento fue un sueño dorado que duró decenio y medio.

El “frente popular” consistía en la alianza de todos los partidos políticos izquierdistas de un país — comunistas, socialistas, católicos avanzados, burgueses avanzados, etcétera — contra el totalitarismo fascista o nazi. El ardid táctico fue

inventado en el VII Congreso del partido comunista ruso en 1935; en Francia se organizó en seguida y ya el comunismo internacional tuvo en Europa un caballo de Troya muy útil; en España surgió en febrero de 1936 y fue el toque de clarín que convocó a la guerra civil¹.

¿Qué había ocurrido para que el periódico barcelonés volviera a agitar los viejos fantasmas del pasado? ¿Qué había hecho resurgir de las cenizas de la historia al *golem* del Frente Popular? El hecho inmediato era la unificación de las dos fuerzas socialistas principales del panorama italiano: el Partido Socialista encabezado por Pietro Nenni y el Partido Socialista Democrático de Giuseppe Saragat; una unión que venía a restablecer la ruptura de 1947 y que reforzaba el papel del *centro-sinistra* como opción política y de gobierno dominante desde 1963.

Pero para la *intelligentsia* franquista la historia, el pasado y el presente, no eran asuntos tan simples de despachar. De ahí la resurrección de los frentes populares en los discursos españoles, la revisión de la figura de Pietro Nenni², y, en definitiva, la invocación encubierta al que fue el momento culminante de un hipotético Frente Popular italiano en las cruciales elecciones de abril de 1948.

En la primavera de 1948, en el comienzo del «año X de la Era anticomunista de Franco», a decir de “La Vanguardia Española” (1 abril 1948), los países emergentes de Europa occidental, los Estados Unidos y, evidentemente, la dictadura franquista, eran plenamente conscientes de que las elecciones generales convocadas en Italia para el 18 de abril, eran una operación política de alto riesgo. Praga había caído, al fin, del lado prosoviético; Berlín era un tumor cancerígeno a punto de estallar en las cada vez más deterioradas relaciones entre los antiguos aliados antinazis; el telón de acero avistado por Winston Churchill dos años antes era ya una realidad a punto de consolidarse. Europa debía fortificarse, clamaba Luis de Galinsoga, director de “La Vanguardia Española” de Barcelona, ante el «comunismo oriental», como lo hizo España con la victoria del Caudillo: «[...] aquella victoria de España contra las brigadas del comunismo internacional, aquella primera piedra de la fortificación de Europa...»³.

1. *La reagrupación socialista en Italia*, “La Vanguardia Española”, 9 agosto 1966.

2. «La evolución política de Pietro Nenni ha seguido el ritmo de la erosión que vino sufriendo el marxismo violento en todo el mundo. Amigo primeramente y enemigo después de Mussolini, Nenni partió de la demagogia más encendida; su patriotismo y su historial antitotalitario le liberaron, sin embargo, de echarse en brazos de Moscú...» (*ibidem*).

3. L. de Galinsoga, *Fortificación de Europa*, *ivi*, 1 abril 1948. Luis Martínez de Galinsoga (1891-1967) dirigió “La Vanguardia Española” entre mayo de 1939 y febrero de 1960, procedente de la dirección sevillana de “ABC”. Franquista puro y duro, anticatalán radical, coautor de una celebrada hagiografía del Caudillo (*Centinela de Occidente*), entendió que su misión en Barcelona debía ser vigilar, advertir, reñir, amenazar y coaccionar una socie-

También en Madrid señalaban la crucial importancia de la España de Franco en el inquietante mundo de 1948:

Se ha escindido el mundo en dos grupos: el comunista y el occidental. España sigue siendo la clave. Franco sigue de árbitro. De ser la Península, en estos momentos, soviética, la causa de Europa y de América estaría perdida. Tal desastre fue evitado por Franco en 1939. Italia y Francia, en esta crisis, se tambalean, el virus comunista las corroe...⁴.

Efectivamente, el «virus comunista» estaba a punto de provocar un desastre terrible en Italia y, por extensión, en el mundo occidental. Las elecciones del 18 de abril se resolverían a cara o cruz. Y lo escribía el corresponsal de “ABC” en Roma, Julián Cortés-Cavanillas⁵, en un estilo casi apocalíptico:

dad, la catalana, que siempre estaría bajo la sombra de la sospecha de no ser suficientemente — ni sinceramente — franquista. En sus series de artículos *Los hombres y los días*, *Tono español*, etc. — algunos firmados y otros muchos no — y en los editoriales del periódico, Galinsoga destacó por un estilo periodístico deleznable, un tono de prepotencia notable y una profunda carga de resentimiento, mala fe, antipatía, etc., hacia el conjunto del país. Ni tan siquiera fue popular o gozó de grandes amistades en la Barcelona franquista. Complementaba su sueldo en “La Vanguardia Española” con la retribución económica que le correspondía como delegado especial del Estado en la Zona Franca barcelonesa. No disponemos, todavía, de un estudio monográfico sobre el personaje y su «literatura política-periodística», pero la profesora M. J. Gallofré ha avanzado algunas ideas sugerentes en sus trabajos *El nou periodisme: Luis de Galinsoga*, en B. de Riquer (dir.), *Història, Política, Societat, Cultura dels Països Catalans*, vol. 10: *La llarga postguerra*, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, 1998, pp. 144-145; y *Un nou llenguatge*, en *Les ruptures de l'any 1939*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat-Fundació Carles Pi i Sunyer, 2000. Para su llegada al periódico, véase J. M. Huertas, *Una història de La Vanguardia*, Barcelona, Angle Editorial, 2007.

4. T. Borrás, *España es la clave*, “ABC”, 1 abril 1948. En una necrológica de 1976 (“El País”, 28 agosto 1976), se recordaban los méritos del periodista: novelista de éxito (con *Checas de Madrid*, por ejemplo), periodista de “ABC”, Periodista de Honor y Cronista Oficial de la Villa de Madrid (1953), Premio Nacional de Periodismo [Francisco Franco, añadido] y Premio Nacional de Literatura. La nota mundana: «Estaba casado con la famosa tonadillera *La Goya*, que actuó clandestinamente como enlace y *recadera* de José Antonio Primo de Rivera durante la estancia de éste en la prisión, en la que entró en diferentes ocasiones para transmitir y recibir consignas de los jefes falangistas». En “ABC” (28 agosto 1976) eran un poco más precisos: afiliado a Falange desde 1936, dirigió — entre otras labores — el periódico “España”, de Tánger, y fundó el Sindicato Nacional del Espectáculo.

5. Julián Cortés-Cavanillas, corresponsal de “ABC” durante más de veinte años, era un ejemplo perfecto del analista franquista de aquellos años: provenía del campo monárquico, era un rendido admirador de Alfonso XIII, a quien había dedicado un par de libros, y había pasado por las prisiones republicanas durante la guerra. Además se había formado en la escuela católico-integrista de Ángel Herrera Oria y su periódico “El Debate” (cfr. E. González Fernández, *Centenario de Julián Cortés-Cavanillas*, “ABC”, 20 marzo 2009). En plena campaña electoral de las cruciales elecciones de abril de 1948, se descolgó con un comentario sorprendente: «Si hay un país donde Franco tenga verdaderos devotos y admiradores,

[...] en el 18 de abril se centran los sueños de una posible liberación, del ciudadano checoslovaco transformado en esclavo; de los guerrilleros blancos de Ucrania, de Polonia, de Yugoslavia, de Bulgaria, de Rumanía y de los tres países bálticos; el fin de la tragedia de los lugares griegos sojuzgados por Markos, el infanticida, y hasta la esperanza de un amanecer en la propia Rusia, condenada a la sevicia por el ogro más repugnante que el mundo ha conocido⁶.

También en Barcelona se insistía en esta «dimensión internacional» de los comicios; y al igual que Julián Cortés-Cavanillas, el gran analista que era Manuel Brunet apuntaba en la misma dirección: los comicios italianos habían provocado un auténtico terremoto entre los miles de refugiados de «los países de la Europa oriental, dominados hoy por el comunismo». Explicaba Brunet que

el instinto les ha aconsejado trasladarse a las poblaciones de las fronteras suiza y francesa y a las ciudades marítimas, especialmente a Génova, que ha sido siempre un importante puerto de emigración. Italia era el lugar preferido de los que escapaban al terror rojo: polacos, checos, eslovacos, rumanos, húngaros y búlgaros; pero el contingente más importante de refugiados lo ha dado Yugoslavia, especialmente Croacia y Eslovenia. Una victoria comunista significaría para esos refugiados la deportación o la muerte⁷.

Las fuerzas políticas en presencia estaban perfectamente perfiladas: «O católicos o comunistas», según habría expresado Pío XII en «un discurso claro, preciso, vigoroso y combativo en el sentido de la defensa de los derechos de la Iglesia y de la conciencia de los católicos, pero aun así lleno de clemencia y de amor para los desgraciados escuderos de Togliatti y Nenni...»⁸. En terminología laica y política, en el panorama electoral emergí-

en proporciones de multitud, es en Italia. Si hay un país donde se quiere y se pone a España como ejemplo por su heroica posición anticomunista, es en Italia. Y ahora, justamente, los órganos más serios, más leídos y más responsables de la Prensa italiana, han publicado trabajos bien elocuentes por su exposición, para pedir que a España se le diera con honor el espaldarazo internacional que merece en la organización europea, por su presente y por su pasado. Si se pudiera hacer un referéndum por Franco en Italia, su éxito estaría descontado de antemano, y precisamente cuando hace tres días los periódicos anunciaron que España podía ingresar en el Plan Marshall, políticamente se interpretó como una nueva contradicción para el socialcomunismo italiano, y como otro gran estímulo para la esperanza de la gran masa anticomunista, que se percataba que la solidez española se reforzaba aún más por la ayuda americana en el aspecto económico» (*Siguen las carcajadas*, “ABC”, 6 abril 1948).

6. J. Cortés-Cavanillas, *¿Fasto o nefasto el próximo 18?*, *ivi*, 10 abril 1948.

7. Romano, *Las elecciones italianas*, en “Destino”, n. 558, 17 abril 1948.

8. J. Cortés-Cavanillas, *Hora de posiciones claras*, “ABC”, 1 abril 1948. El 22 de diciembre de 1947, Pío XII, en la plaza de San Pedro, se había expresado en términos rotundos en «un’infiammata omelia»: «O con Cristo o contro Cristo; o con la sua Chiesa o contro la sua Chiesa» (P. Ginsborg, *Storia d’Italia 1943-1996. Famiglia, società, Stato*, Torino, Einaudi, 1998, p. 119).

an dos bloques definidos: en el campo de las derechas, la Democrazia Cristiana, dirigida por Alcide de Gasperi, contaba con el apoyo público del Vaticano y de los Estados Unidos⁹. Desde el otro lado del Atlántico, actores y actrices de Hollywood habían redactado mensajes de apoyo a los demócrata-cristianos, y el cardenal Spellmann había contado al presidente Truman que dudaba que los italianos prefirieran el estalinismo a Dios y América¹⁰.

En la izquierda, los dos grandes partidos de referencia irían unidos bajo el inquietante nombre de Fronte Democratico Popolare¹¹. Era el regreso de los fantasmas del pasado, el clarín de guerra que venía a confirmar los peores augurios: tras la caída de Praga, Italia se asomaba al abismo del que España se salvó, gracias a la Divina Providencia y al Caudillo, en 1939, tras una lucha sangrienta. En el madrileño “ABC”, y sin citar el 1936 español — quizá porque no era necesario —, la denuncia de las «falacias» izquierdistas era contundente:

La campaña del Frente Popular está fundamentada en premisas falaces que son incompatibles con el verdadero programa comunista: entregar la tierra a los campesinos, aumentar los salarios, confiar las fábricas a los obreros. Las masas rurales e industriales son pobres y sienten la atracción de ese programa mítico, que ha servido en todas partes para entregar la tierra a la burocracia marxista, disminuir los salarios y el nivel de vida de la clase trabajadora y colocar las fábricas en poder de esos comisarios policíacos que obligan a los obreros a un trabajo intenso y regimantado, como en los cuarteles¹².

En vísperas del 18 de julio, la situación estaba perfectamente dibujada. En un extenso balance del escenario político, Manuel Brunet sintetizaba los grandes elementos italianos y europeos que se hacían presentes en unas elecciones de un valor y unas posibles consecuencias que iban más allá de las fronteras del país¹³:

Muy importantes deben ser esas elecciones cuando sobre el plato anticomunista de la balanza los norteamericanos echan tantos millones de dólares, Trieste y las colonias italianas. Por primera vez la Segunda Internacional se lo juega todo

9. En medio de la campaña electoral, el embajador norteamericano dejó unas cuantas cosas claras: «Aprovechando la llegada de un buque norteamericano con víveres para Italia, el embajador de Estados Unidos ha pronunciado un discurso ‘electoral’, en el cual dijo que espera que el pueblo italiano vote en favor de Occidente, para que Italia se beneficie del Plan Marshall y no tenga que ‘actuar a los dictados de una potencia extranjera’» (*Discurso “electoral” del embajador norteamericano*, “ABC”, 16 abril 1948). También P. Ginsborg, *op. cit.*, p. 135.

10. P. Ginsborg, *op. cit.*, pp. 135-136.

11. S. Fedele, *Fronte Popolare. La sinistra alle elezioni del 18 aprile 1948*, Milano, Bompiani, 1978.

12. *Pronósticos electorales en Italia*, “ABC”, 16 abril 1948.

13. Romano, *Las elecciones italianas...*, cit.

contra la Tercera. Por fin los socialistas ingleses y franceses han comprendido que el comunismo no les perdonaría y que les reserva igual suerte que a sus compañeros de los países convertidos en satélites de Rusia. Tanto para los comunistas como para las derechas, el socialista se ha convertido en el traidor y su programa laboral lo aplican, corregido y aumentado, y eliminada la fumistería revolucionaria, hasta los más concienzudos reaccionarios.

El Vaticano, y con él toda la Iglesia católica, sigue las elecciones italianas con no disimulada inquietud. El Papa ha hablado muy claro sobre la obligación de los católicos en estos momentos. No es, pues, exagerado afirmar que las elecciones del día 18 constituyen una especie de recuento del pueblo italiano sobre la cuestión religiosa. La apostasía de las masas es, por desgracia, un hecho. Y que esa apostasía no ha traído el bienestar, sino todo lo contrario, es una realidad obvia. La cuestión religiosa actuará enérgicamente en esas elecciones. Pero para formarse una idea del descalabro sufrido por la fe católica en el país que la propagó por Europa bastará examinar las cifras de votos anticomunistas y, al leerlas, contar muy por debajo. Un siglo de liberalismo anticatólico, de socialismo y fascismo han causado en Italia impresionantes ruinas morales. Por fortuna, la Acción Católica reacciona en Italia muy inteligentemente.

Lo cierto era que, en España, la *intelligentsia* franquista se había tomado muy en serio una hipotética victoria de las izquierdas, aunque fuese parcial, territorial, lo que llevaría a una situación parecida al «cantonalismo que la primera República española conoció en Cartagena»¹⁴. Pero también se hacía constar que los comunistas no habían «logrado acercarse siquiera a la mayoría absoluta en ningún país en que se hayan celebrado elecciones verdaderamente libres, cuando han peleado solos»¹⁵. Pero la anomalía italiana residía precisamente aquí: los comunistas no iban solos; «han encontrado en Nenni y sus socialistas una ayuda preciosa, impagable. Sólo contando con ella han podido soñar con alcanzar el dominio del país mediante las elecciones». Analista concienzudo y tenaz, Santiago Nadal practicaba un anticomunismo inteligente, que le llevaba a evitar el trazo grueso — cosa que no ocurría con sus colegas — y matizar mínimamente sus interpretaciones. Dando por sabida y conocida la maldad intrínseca de Palmiro Togliatti y los comunistas, la clave para entender la gravedad de la situación no se encontraba en las filas del PCI, si no en el papel de Pietro Nenni y los suyos:

Nenni ha sido, en Italia, el más precioso colaborador de Togliatti. Si alguna posibilidad ha habido de que este último se apoderara del país, a la complicidad de Nenni se ha debido, porque es un hecho que el comunismo químicamente puro no puede alzarse con ninguna victoria electoral. Ahora se ha visto lo que eran en reali-

14. *Anoche terminó en Italia la campaña electoral con un tremedo despliegue de propaganda*, “ABC”, 17 abril 1948.

15. [S.Z.], *Nota del día. Llegó la trascendental jornada*, “La Vanguardia Española”, 18 abril 1948.

dad las izquierdas italianas; y los ejemplos tan recientes de Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria, etc., han mostrado a los ojos de una importante masa socialista cuál era el papel que a su partido, y a sí mismo, reservaba el insigne suicida llamado Pietro Nenni¹⁶.

Todo estaba a punto para dilucidar el futuro de Italia y, evidentemente, del mundo occidental. Antes, sin embargo, de abrir las urnas, los españoles debían saber que incluso en el peor escenario posible — «si los resultados de las elecciones de hoy fueran desfavorables a Italia y al Occidente» —, «ello nos afligiría, pero no nos movería a ninguna rectificación ni arrepentimiento. El comunismo ha sido y será nuestro enemigo, y tenemos bien montada la guardia en nuestra propia atalaya»¹⁷.

Para la suerte futura de Europa, el mal llamado Frente Popular italiano — el «Frente rojo», lo llamaba José M. Massip desde Londres —¹⁸ salió derrotado de las elecciones¹⁹. «Aplastante victoria anticomunista», titulaba “La Vanguardia Española” el 20 de abril; «La expansión comunista en Europa ha sufrido una grave derrota», titulaba “ABC” el mismo día. Santiago Nadal le dedicaba una reflexión que transpiraba alivio para los italianos y los europeos:

El mundo entero experimenta, en estos momentos, la misma sensación que el hombre a quien, al pasar por la calle, le cae una teja al lado partiéndose en mil pedazos. Alegría enorme, alivio... y piel de gallina al mismo tiempo, al pensar en lo que por poco pudiera haberle ocurrido. Estos son los sentimientos que produce la

16. S. Nadal, *Hechos y figuras*, en “Destino”, n. 559, 24 abril 1948.

17. *La alegre aventura democrática*, “ABC”, 18 abril 1948.

18. J. M. Massip, *El cricket y la crisis italiana*, *ibidem*. Catalanista y republicano en sus orígenes, Massip dirigió el periódico “La Humanitat”, portavoz de Esquerra Republicana de Catalunya en los años republicanos, y fue uno de los artífices del Front d’Esquerres, la coalición hermana del Frente Popular que ganó las elecciones de febrero de 1936 en Cataluña. Huyó durante la guerra y se instaló en Filipinas. En 1945 estaba de regreso a Madrid, donde, olvidados los antecedentes citados, se incorporó al diario “ABC”, primero como corresponsal en Londres y, más tarde, en Estados Unidos. Agustí Calvet, Gaziel, director de “La Vanguardia” entre 1933 y 1936, le dedica un retrato demoledor, fechado en 1949 (*Meditacions en el desert*, Barcelona, Eds. 62/Orbis, 1984, pp. 108-116. Sobre su protagonismo en la creación del Front d’Esquerres, véase R. Vinyes, *La Catalunya internacional*, Barcelona, Curial, 1983).

19. En la jornada electoral, antes de conocerse los resultados, los lectores españoles de “ABC” pudieron disfrutar de una información muy notable acerca de como había culminado la campaña y el ambiente que se respiraba en el país. Entre titulares y informaciones del día 18, el periódico «més monàrquic i reaccionari d’Espanya», según la opinión de Gaziel (*op. cit.*, p. 110), ofrecía auténticas perlas: «En las calles de Roma se vuelve a gritar, horas antes de las elecciones, “¡Duce, Duce, Duce!”»; «Impresión de haber vuelto los días de Mussolini»; «Manifestación monárquica en Nápoles»; «¿Preparan la ocupación de las fábricas?» (los comunistas); «En Milán intentarán un “truco”»; etc.

lectura de los resultados electorales italianos. Porque se ha corrido, sencillamente, el peligro de que Rusia se instalara en Sicilia, en el golfo de Génova, en Cerdeña; con todo lo que esto hubiera significado para la situación en el Mediterráneo, Francia, Grecia, África, etc. El triunfo comunista en Italia hubiera sido, además, el primer paso victorioso del comunismo fuera del ‘telón de acero’. ¡Y qué victoria! No sólo la victoria estratégica y política que hemos esbozado, sino una terrible victoria moral: Italia, cuna de la civilización occidental, pasando a la revolución destructora; la Ciudad Eterna, en manos moscovitas; la Santa Sede prisionera...²⁰.

Y su colega — y corresponsal del periódico barcelonés en Roma — Antonio Martínez Tomás — el Richelieu del periodismo catalán en la inmediata posguerra, a decir de Jaume Fabre —²¹, escribía acerca de una «victoria genuinamente nacional, la más clara y rotunda alcanzada contra el comunismo por un país democrático con el arma frecuentemente peligrosa de los votos»²². Nadie debía olvidar que las democracias eran sistema políticos débiles y de alto riesgo, aunque en esa ocasión la suerte hubiese sonreído a las fuerzas anticomunistas²³.

Este argumento — tan español, tan franquista — era ampliamente compartido por Ignacio Agustí, el director de “Destino”. Efectivamente, afirmaba, «la democracia puede entrañar el germen de su propia destrucción; el intento comunista en Occidente, de escalo al poder absoluto desde las urnas, demuestra el sumo cuidado que hay que tener en la manipulación

20. [S.Z.], *Nota del día. La teja caída al lado*, “La Vanguardia Española”, 20 abril 1948.

21. J. Fabre, *Periodistes uniformats. Diaris barcelonins dels anys 40: La repressió i la repressió*, Barcelona, Diputació-Col·legi de Periodistes, s.a. [1996], p. 78. Antonio Martínez Tomás era el hombre de confianza del conde de Godó en la redacción del periódico. Tuvo un papel fundamental en la persecución laboral y política de Gaziel, en 1939, cuando éste aun tenía esperanzas de volver al periódico, evitó que Falange se incautase del periódico, y dirigió la depuración de los periodistas catalanes en la inmediata posguerra. Dirigió la Asociación de la Prensa de Barcelona y fue un autoridad fundamental en el campo político-periodístico de los años Cuarenta.

22. A. Martínez Tomás, *Se ha roto el maleficio...*, “La Vanguardia Española”, 21 abril 1948.

23. La crónica de Martínez Tomás destila lo mejor del lenguaje periodístico y político franquista y evoca, de manera certera, el menosprecio con que los intelectuales de la dictadura — desde las plataformas que fuesen — contemplaban los procesos democráticos europeos de aquellos años: «[...] no es propiamente que el comunismo haya perdido votos, sino que la masa neutra, acomodaticia y muelle, ha acudido a las urnas en son de batalla y los indecisos han votado y los eternos ‘snobs’, que votaban por pura extravagancia al comunismo, han sentido vergüenza de hacerlo ante el irritado resurgir de la conciencia cristiana y italiana de casi todo el pueblo. Y el comunismo se ha quedado así solo y aislado, con sus infortunadas y dóciles masas de parias y su estado mayor de resentidos, ajenos a la emoción auténtica del pueblo, que grita ¡Viva Italia? Y reclama Trieste y llora por la suerte desdichada de Fiume o de Pola, sojuzgadas por la bota de Tito».

del delicado aparato democrático»²⁴. El análisis agustiniano seguía por los derroteros conocidos, añadiendo una advertencia acerca de la situación francesa — no estaba lejos, en la memoria, el agitado otoño de 1947²⁵ — y se cerraba con un encendido elogio a Pío XII, al Vaticano en general y su «elegante influencia en las presentes elecciones, que han sido las elecciones del mundo occidental».

Incluso el frívolo y oportunista Carlos Sentís, situado como corresponsal de “ABC” en los Estados Unidos en aquellas fechas, subrayaba el fracaso comunista — nadie, entre los españoles, hablaba o escribía acerca de la coalición entre los dos partidos de izquierdas; siempre fue la «derrota comunista», «la amenaza comunista», etc. — y señalaba los enormes méritos contraídos por la Iglesia católica:

El Santo Padre [...] ha logrado lo que hasta ahora no habían conseguido las potencias occidentales: poner una frontera definida a la expansión imperialista del comunismo ruso. Lo ha detenido como sus antecesores en la Silla de San Pedro detuvieron — sin que faltase la ayuda básica de España — al mahometismo, tan amenazador entonces para Europa como puede serlo el comunismo actual²⁶.

¿Había, pues, alguna ligazón entre la España de siempre, tradicional, etc., y la Italia de 1948, tal como apuntaba de forma un poco difusa Sentís? En otras palabras, ¿existía algún paralelismo histórico entre los dos países que confirmara lo que tenían en común, y que justificara la atención mediática recibida? La respuesta a las preguntas iba a ser positiva; y la forma que tomó dicha contestación fue un magnífico editorial de “ABC”, que permite cerrar las lecturas franquistas de las elecciones del 18 de abril de 1948 de una forma ejemplar y contundente. El punto de partida para los editoriales del periódico madrileño era una evocación, una mirada a la historia, ya que la jornada electoral italiana convocaba los viejos espectros de las elecciones españolas del 19 de noviembre de 1933; y, como escribían los

24. I.A. [I. Agustí], *Las elecciones italianas*, en “Destino”, n. 554, 20 mayo 1948.

25. M. Winock, *La fièvre hexagonale. Les grandes crises politiques, 1871-1968*, Paris, Éditions du Seuil, 2009, pp. 413-429.

26. C. Sentís, *¿Cuántas divisiones tiene el Papa?*, “ABC”, 23 abril 1948. Unos días antes no se había expresado con tanta seriedad. Más propio de su estilo era el comentario frívolo y desenfadado del día 20: «La impresión de la victoria anticomunista es en Nueva York clarísima. Una vez más quedará demostrado que el comunismo no se puede imponer nunca por otro medio que no sea la pura violencia. El pueblo italiano es demasiado inteligente para suicidarse. Algunos, aquí, en América, tienen, sin embargo, la impresión de que se han exagerado las posibilidades comunistas en Italia, al objeto de redoblar las ayudas americanas. Togliatti, en el fondo del fondo, constituye para Italia una ‘fábrica’ de dólares. Probablemente es la más importante de Europa. Se ha dicho aquí que hace un par de días ha entrado en puerto italiano el buque norteamericano número 500 con carga de regalo para el hábil país que está demostrando que por algo es el abuelo de la civilización occidental» (*Mientras se esperan los resultados*, *ivi*, 20 abril 1948).

responsables de “ABC”, «la experiencia española nos sugiere recelos que no deseáramos ciertamente ver allí un día confirmados»²⁷:

A la mirada de cualquier observador se ofrece patentemente el paralelo político entre los dos países, pues en Italia, lo mismo que en España, el derrumbamiento de la institución tradicional monárquica fue la señal de combate para que una muchedumbre de partidos se lanzaran a la conquista del Poder. Vino rápidamente el predominio de los más audaces y mejor organizados, y entre ellos sacó de seguida ventaja — más efectiva, sin duda, que visible — el comunismo dirigido desde Rusia. La caída de la Monarquía, en uno y otro país, dio origen a una rebeldía general, que se amparaba en un izquierdismo fanático y difuso. Las primeras elecciones generales fueron ganadas en España y en Italia por las izquierdas, y ahora acabamos de presenciar que en las segundas elecciones italianas son los demócrata-cristianos — partido que tantas afinidades tiene con la vieja Acción Popular de España — los que consiguen el triunfo decisivo en las urnas; un triunfo que reviste proporciones muy semejantes a las que el 19 de noviembre de 1933 dieron preponderancia a las derechas españolas.

Las causas de la victoria electoral de 1933 en España y de 1948 en Italia son sensiblemente análogas. España estaba entonces amenazada de aniquilamiento por la furiosa conspiración que el marxismo — invisible u ostensiblemente — tramaba desde el Poder y desde la calle contra el deleznable Estado republicano y contra la existencia libre de la Península. Si fue en 1933 posible una victoria de las llamadas fuerzas reaccionarias (que reaccionaban, en efecto, contra la intromisión extranjera y contra la demagogia, difundida con el propósito de desarticular al país), ello se debió precisamente a las mismas causas que han puesto ahora en pie a la nación italiana.

Quisiéramos que el paralelo entre esta Italia de hoy y la España de 1933 concluyesen ahí. La voluntad nacional se pronunció en España el 19 de noviembre de 1933 con claridad y firmeza, y el imponente veredicto del sufragio nos hizo entonces esperar un cambio de métodos y un eclipse de las turbias oleadas revolucionarias que tenían en jaque la integridad del país. No ocurrió así. El Poder cayó en manos blandas e indecisas que no supieron explotar la victoria. Deseamos al pueblo italiano mejor suerte que la que a nosotros nos cupo entonces. Deseamos también que sus gobernantes de hoy sepan aprovechar de la jornada del domingo los frutos ciertos que el cuerpo electoral les ha ofrecido. Porque el marxismo sigue inefatigablemente acechando el resquicio de debilidad, agotamiento o flaqueza por donde puede introducir su maniobra porfiada.

2. “Destino”, las elecciones de 1953 y los límites de la batalla contra el comunismo

Las elecciones de 1948 se saldaron con el triunfo demócrata-cristiano — y de sus aliados —, pero entre la *intelligentsia* franquista se había reforzado la idea de que la democracia era un invento de alto riesgo, capaz de

27. *El triunfo en las elecciones italianas*, *ivi*, 21 abril 1948.

crear unas situaciones peligrosísimas. De hecho, en todos los discursos franquistas de la época subyacía un mensaje inalterable: al comunismo sólo se le podía derrotar por la fuerza y el único país de Europa occidental que podía considerarse, con justicia, vencedor de esta guerra era España. Las democracias occidentales — fundamentalmente, Francia y Italia — nunca conseguirían la derrota definitiva del enemigo debido a sus defectos intrínsecos: regirse por el sufragio popular (¿quién controlaba las masas cuando irían a votar cualquier cosa?) y permitir la actuación libre y pública de los partidos comunistas. Estos defectos innatos explicaban que cada convocatoria electoral, como la italiana de 1953, fuese una especie de caja de Pandora, una provocación y una llamada irresponsable a los comunistas para que accedieran al poder por la puerta grande de la democracia. Por ejemplo, los términos con que se analizaba la convocatoria del 7 de junio de 1953, remitían con insistencia a las urgencias de 1948:

Se trata de una batalla cívica que puede ser decisiva para el porvenir de la nación, puesto que de los resultados de la misma depende la continuidad en el Poder de las modernas fuerzas democristianas y centristas que hasta ahora han demostrado su eficiencia para sacar a Italia del caos en que la dejó sumida el resultado de la última contienda, o, por el contrario, del acceso al Poder de la fracción comunista y del extremista grupo del socialismo disidente de Pietro Nenni, fracción decidida, claro está, a imprimir rumbos totalmente revolucionarios a la estructura nacional y a las relaciones en el exterior²⁸.

En 1953, Italia estaba como en 1948, bajo la amenaza de un triunfo «comunista». Los cinco años transcurridos no habían servido para nada, porque las democracias no podían liquidar el problema sin dejar de ser lo que eran. Sin embargo, disponían de mecanismos de corrección que podían ayudar en la tarea. Por ejemplo, la introducción de la que los comunistas llamaron «ley estafa», una nueva ley electoral mayoritaria planteada por Mario Scelba, ministro del Interior del tercer gobierno De Gasperi, en octubre de 1952²⁹. En otras palabras, Alcide de Gasperi iba a cambiar «le regole del gioco»³⁰, para corregir la tendencia descendente de la Democracia Cristiana desde las elecciones de 1948³¹. El planteamiento era muy sencillo: la fuerza política que alcanzase el 50% de los votos, conseguiría dos

28. B., *Boletín del día. Jornada electoral decisiva*, “La Vanguardia Española”, 7 junio 1953.

29. P. Ingrao, *Pedía la luna*, Barcelona, Península, 2008, p. 227.

30. P. Ginsborg, *op. cit.*, p. 167.

31. Desde 1951, la extrema derecha era una dura competencia en el sur del país. En las elecciones locales y provinciales de 1951-1952, la Democracia Cristiana cayó hasta el 31,5% en porcentaje de votos (en 1948, había alcanzado el 48,51%), y en el sur sólo alcanzó el 30,3%. Como señala Paul Ginsborg (*op. cit.*, p. 167), las elecciones de 1948, para la Democracia Cristiana, fueron un «evento irripetible».

tercios de la Cámara de Diputados. Evidentemente, se trataba de una «stragemma elettorale» para asegurar la victoria de la coalición entre demócrata-cristianos, liberales, republicanos y socialdemócratas, conservando el predominio del grupo de Alcide De Gasperi.

Sin embargo, ni la maniobra legislativa ni el hecho de que la Democracia Cristiana fuera el muro contra el que chocaría el intento comunista de asomarse al poder, no fueron motivos suficientes para que las gentes del semanario “Destino” perdonase a De Gasperi las «traiciones» de 1946³², cuando abandonó la monarquía por el incierto camino de la República. La democracia cristiana europea siempre fue vista con gran prevención en las filas franquistas, y la versión italiana reforzaba la antipatía. No gustaba nada la versión progresista francesa (el M.R.P.), ni era fiable la italiana. Mezclar la doctrina católica — que debía de estar monopolizada por el Vaticano y sus organizaciones seculares, como Acción Católica —, los valores cívicos de los creyentes, con la defensa y participación en el juego democrático, era prácticamente imposible de aceptar para el mundo franquista y sólo podía justificarse, forzando el argumento, en la lucha contra el comunismo. Lo que había hecho De Gasperi con la «legge truffa» y tal como había llevado la campaña electoral, fue excesivo a ojos franquistas. Y lo escribía un católico fuera de toda sospecha, pero, eso sí, muy poco amigo de los demócrata-cristianos italianos y franceses:

Ha votado más del noventa y tres por ciento del censo electoral y han acudido a Italia millones de electores desde Suiza, Francia y Bélgica. Han votado hasta las monjas de clausura y los enfermos. Y a pesar de este esfuerzo admirable, la mayoría gubernamental no llega al 50,01 por ciento. ¿Vale la pena de someter al país a tan peligroso sensacionalismo para acabar exhibiendo esas miserias numéricas? El peligro parece aún más remoto, pero una República que necesita de los votos monárquicos para hacer frente a la amenaza comunista es realmente una triste República³³.

Aquí radicaba la paradoja de Alcide De Gasperi. Colaboró decisivamente en la caída de la monarquía en 1946, y en 1953 quizá dependía de los votos monárquicos para su supervivencia política. En una intervención excepcional en “Destino” — ¿quién abrió las puertas del semanario a esta colaboración insólita? —, el corresponsal de “ABC” en Roma, Julián Cortés-Cavanillas — un personaje de la *intelligentsia* franquista absolutamente ajeno al mundo franquista catalán — decidió atacar dicha paradoja y revisar los muchos errores cometidos por De Gasperi y su Democracia Cristiana³⁴. El primer eslabón del discurso era una peligrosa y muy desfavorable

32. F. Vilanova, *La Barcelona franquista i l'Europa totalitària*, Barcelona, Empúriesm, 2005, pp. 315-327.

33. Romano, *Las elecciones italianas*, en “Destino”, n. 828, 20 junio 1953.

34. J. Cortés-Cavanillas, *Carta de Italia. Una dura elección electoral*, *ibidem*.

rable comparación con Mussolini: si en el pasado el dictador fascista había sido la válvula de seguridad ante los peligros del mundo, «hoy la póliza de seguro [...] la avala con güelfismo democrático y frialdad alpina Alcide De Gasperi, sacrificando a un orden de suave balanceo la justicia y la lógica, brindando incienso a los representantes de Dios y pipas de opio a los escuderos del diablo y engañando al pueblo italiano con una decorativa simulación democrática, que éste acepta complacido en tanto le resulta cómoda». En segundo lugar estaba el asunto de la nueva ley electoral y sus efectos, y las conclusiones no eran favorables al dirigente político italiano. Ciertamente, el electorado había renovado la mayoría demócrata-cristiana y sus aliados, pero también era cierto que le había negado

el capricho antidemocrático de un premio de mayoría que le regalaría, sobre su propia mayoría, 88 diputados, con desprecio absoluto de las minorías y con la concreta intención de pulverizar a los monárquicos y a los llamados neofascistas, favoreciendo en cambio, a sus parientes de coalición, los liberales pálidos, los marxistas rosáceos y los republicanos anémicos.

El tercer punto era una abierta acusación de connivencia entre la Democracia Cristiana, «los dirigentes de la Acción Católica, los obispos, el propio cardenal vicario de Roma y el “Osservatore Romano”», para recomendar «con exigencia, bajo el pretexto, convertido en tópico inservible, de oponer un dique al comunismo, el votar la Democracia Cristiana y sus parientes³⁵ y negar los sufragios al Partido Nacional Monárquico y al Movimento Social Italiano». He aquí uno de los puntos clave de las lecturas franquistas de la Italia postfascista: en nombre de la lucha contra el comunismo y la defensa de los valores de la civilización occidental, los demócrata-cristianos habían barrido los más sinceros luchadores de este credo — monárquicos y neofascistas — para situarse ellos, que en 1946 habían facilitado la caída de la monarquía, y que, a pesar de su anticomunismo, eran demócratas. Habían arrastrado al mundo católico italiano, incluyendo al Vaticano, por una senda política llena de trampas y mentiras, vendiendo el peligro comunista cuando éste no era tal, y escondiendo la auténtica realidad:

Hay otro peligro que deshizo firmemente la Monarquía con la Conciliación y los Pactos Lateranenses, y que la Democracia Cristiana, con sus ambiciones, está resucitando. A un estúpido güelfismo con ínfulas eclécticas y democráticas — tan vivamente exaltado en estas últimas elecciones — se opondrá un exaltado nacionalismo de tipo anticlerical, si Dios no lo remedia. Y entonces no incurrirán sólo en pecado mortal la Democracia Cristiana y De Gasperi, sino en una culpa inmensa, contra la Iglesia y la Patria, que no podrá borrar jamás la Historia.

35. Es decir, la coalición de fuerzas políticas encabezada por la Democracia Cristiana. P. Ingrao, *op. cit.*, p. 227.

El mensaje final del periodista parecía relativamente claro: una cosa era el catolicismo y el Vaticano, y otra muy diferente la Democracia Cristiana. De hecho, en las reflexiones acerca de las elecciones de 1953, los franquistas habían marcado el límite de la misión universal de todas las fuerzas anticomunistas: la derrota efectiva del enemigo, la desaparición de la amenaza, no sería nunca posible, inexorable, con las herramientas de los sistemas democráticos. La prueba estaba en la Democracia Cristiana italiana: antes había sacrificado monárquicos y neofascistas, que aliarse con ellos ante el enemigo común. Solamente la España de Franco podía presumir de haber vencido al comunismo; y todos sus intelectuales — en Academias y periódicos, editoriales y semanarios, institutos de estudios políticos y centros superiores de investigaciones; incluso en las universidades — lo corroboraron con toda la sinceridad de que eran capaces.